

Ni una más, ni una menos

Andrés Dickinson



Capítulo 1

A Ana Karina Blanco

I

Su belleza tenía el verdor
de los campos en estío,
y como una rosa palpitante,
que veía la directa luz del sol,
su vida miraba hacia el futuro.

Allá, desde la sombra, su voz
quisiera tramontar el monte
que la llevara a la existencia,
para gritar por ella, por las tantas
otras voces que quedaron silenciadas.
Mas desde el silencio y el descanso,
sus almas, aunque lloran,
sonríen a la eternidad.

II

Cegó su vida el feroz ataque de la bestia;
una de tantas otras.

Bípeda bestia, calzada con botas
y pantalones negros, gorra marrón,
navaja al cinto, no sabe otra cosa que,
con la mirada torva, husmear el miedo
y la muerte en las personas,
en especial de las mujeres.

No sabe otra cosa que buscar senderos
vacíos por ver si allí se topa
con su víctima como se topa un roedor
con una trampa.

No sabe otra cosa que remojar
sus labios en actitud de espera,
darle al día segundos, minutos, horas,
porque sabe que pronto llegará el momento.
Su deseo tiene la profundidad de un abismo.
Imposible de saciar, ruge por las noches,
se autolesiona moralmente,
se flagela el alma con la culpa que no siente.
Hasta que por fin ataca, como lo ha hecho
una y otra vez a lo largo de la historia,
ante los ojos del mundo, a plena luz del día.

III

Esta realidad macabra parece nunca acabar.

Ayer fue ella, hoy otra, y mañana tantas otras...

¿Una sed imposible de saciar?

No hay seguridad en las leyes,

ni naturales, ni morales.

Porque Dios, exento de culpabilidad,

no puede evitar, empero,

que una bestia devore a sus mujeres sin cesar.

Aunque no todos, cada hombre

vivo en la tierra es una amenaza.

Lo difícil es descubrir

si es una bestia o un *sentipensante*.

Terror da saber que podrían serlo,

aunque no fuera más que un disfraz.

IV

Cerrados ya tus ojos,

lánguido el color de tus labios,

postrado el corazón ante el silencio,

yace por el suelo tu vida

como lirios desgarrados.

Y por el suelo yace igual
que una roca la dignidad de las mujeres,
tu dignidad.

Lejanos, apiñados en la hoguera
en que vomitó la bestia,
están tus sueños, cautivos del olvido.

V

Para ti, que ya no sueñas.

Para ti, que ya no sientes
el anhelo y la efervescencia de los días.

Para ti, que ya no besas
el rostro de tu madre
ni el de tus hermanos.

Para ti, que ya no lees fantasmagorías
del mundo, porque ya el mundo
consumió tu ser completo
y apiñó tu cuerpo en la pila
de las inocentes que hoy no son más que cifras.

06/05/2022